

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

Maestría de Investigación en Antropología

Convocatoria 2015-2017

Monografía Final del Curso de Antropología e Historia Urbana

Desplazamiento forzado del campo a la ciudad y su relación con la marginalidad

Laura Mercedes Martínez Salcedo

Docente: Alfredo Santillán

Quito, marzo del 2016

DESPLAZAMIENTO FORZADO DEL CAMPO A LA CIUDAD Y SU RELACIÓN CON LA MARGINALIDAD

Esta monografía es un intento por comprender las nuevas dinámicas a las que se ven enfrentadas las personas que pasan de la ruralidad a las ciudades modernas a causa de un desplazamiento forzado y que desde el inicio de su éxodo, ya encarnan características de una vida en marginación –no por el campo en sí mismo, sino por la situación que es violenta-, y por tanto, representan un choque emocional bastante fuerte. Además, se planteará una reflexión sobre los posibles retos que desde la Antropología Urbana se podrían generar ante dicha situación.

El éxodo: Del campo a la ciudad por desplazamiento forzado

Buscando consuelo, / buscando paz y
tranquilidad/ el viejo Miguel del pueblo
se fue/ muy decepcionado. / Yo me
desespero, / me da dolor/ porque la
ciudad/ tiene su destino, /tiene su mal
para el provinciano. (Zuleta 1980)

En Colombia se han vivido más de cincuenta años de conflicto interno armado; se podría decir que la principal causa ha sido la lucha por la tierra que se viene gestando desde antes de la época de los 70's, en la que en Latinoamérica la problemática agraria estaba a la agenda del momento y las reformas se pedían a grito por el campesinado; eso, aunado a otras causas como la hegemonía política, la corrupción, el mantenimiento y la reproducción de estructuras socioeconómicas creadoras y re-creadoras de pobreza estructural; injusticias sociales en general. Esta mitad de siglo –o un poco más- se ha configurado en tres momentos históricos que logran desarrollarse incluso al tiempo:

El primero tiene que ver con el problema narco, es decir, con la producción, procesamiento, circulación y consumo de sustancias psicoactivas y adictivas consideradas ilegales. El segundo obedece al conflicto político-militar, que implicó en un comienzo a las guerrillas y a las fuerzas armadas estatales y posteriormente a las organizaciones paramilitares y al conjunto de la denominada sociedad civil. El tercer momento está relacionado con el desarrollo y la consolidación de un modelo económico y de concepción del Estado y de la sociedad sintética y globalmente, el modelo neoliberal. (Martínez 2015, 97)

Los efectos de este conflicto armado son incalculables en términos cuantitativos, mucho peor sería intentar calcular las pérdidas inmateriales; pero se podrían mencionar algunos como el desplazamiento forzado, gobernabilidad viciada, violencia de género, discriminación, la ruina de pueblos completos y sus tejidos sociales, detrimento de la fuente de trabajo rural, un campo con el desarrollo atrofiado, menos inversión en políticas educativas, de inclusión, económicas, etc.; solo por citar unos cuantos (Martínez 2015, 97).

A continuación se presentarán los hechos victimizante reconocidos por la Ley 1448 -“por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones”- en relación con el número de victimizaciones que se han denunciado oficialmente:

HECHO	PERSONAS	HECHO	PERSONAS
Abandono o despojo forzado de tierras	9400	Minas antipersonales/ munición sin explotar/ artefacto explosivo	10.747
Actos terroristas/ atentados/combatos/ hostigamientos	88.624	Pérdida de bienes muebles o inmuebles	103.263

Amenaza	294.690	Secuestro	10.747
Delitos contra la libertad y la integridad sexual	13.185	Sin información	41
Desaparición forzada	161.418	Tortura	9.789
Desplazamiento	6.682.254	Vinculación de Niños, niñas y adolescentes	7.837
Homicidio	966.144	TOTAL	8.195.721

(Red Nacional de Información 2016)

Analizando la tabla anterior, ésta nos muestra cómo el desplazamiento forzado ha sido el hecho con mayor número víctimas oficiales en Colombia –hasta la fecha de 30 de febrero del presente año-, lo que evidencia la problemática de disputa por la tierra en el país.

En Colombia, el desplazamiento forzado —delito de lesa humanidad— es un fenómeno masivo, sistemático, de larga duración y vinculado en gran medida al control de territorios estratégicos. Esta última característica evidencia que, más allá de la confrontación entre actores armados, existen intereses económicos y políticos que presionan el desalojo de la población civil de sus tierras y territorios. Sucede así con el narcotráfico y sus estructuras de financiación, que han sido definitivos en la sostenibilidad y agudización de la violencia sociopolítica en diferentes regiones del país. Por supuesto, no se puede dejar de lado intereses provenientes de sectores empresariales que también han contribuido a propiciar el desalojo y apropiación de importantes territorios. (Grupo de Memoria Histórica 2013, 71)

El desplazamiento encierra una múltiple violación de los derechos humanos, que no solo tiene consecuencias en la demografía nacional, sino que, dados los hechos violentos que motivan el desplazamiento, y se siguen dando durante y después de éste, los nuevos migrantes se ven afectados en su dignidad, en la configuración de sus identidades y en todo

su bienestar físico y emocional. Es un acto en defensa y conservación de sus vidas y sus familias; les hace enfrentarse a más violencia en medio de la desesperanza y la desprotección que, a su vez engendran sentimientos de temor, ansiedad e impotencia. Este éxodo, en muchas de las ocasiones, convierte a estas personas en nuevos pobladores de ciudades, pero despojados y desarraigados (Bello 2004, 1).

Estos migrantes que pasan del campo a la ciudad, pierden muchos vínculos sociales, culturales, económicos, etc., ya sea porque se quedan sin bienes, o porque algunos integrantes de la familia y/o comunidad no se movilizan, o porque pierden la vida en el mismo hecho victimizante, o porque se dispersan en búsqueda de mejores opciones de vida, y empiezan a vivir la precariedad, ubicándose por lo general, en las periferias, donde solo pueden reposar sobre redes sociales y familiares también precarias, “sin acceso a recursos básicos, hacinamiento, pobreza extrema, etc.” (Martínez 2014, 27).

Martha Nubia Bello, investigadora del Centro Nacional de Memoria Histórica en Colombia y coordinadora de uno de los informes más importantes sobre violencia en el país (¡Basta ya!), menciona que, al pasar del entorno rural al urbano a causa de la violencia, esta población solo tiene posibilidades de incorporarse en barrios pobres que se ubican en los llamados cordones de miseria, esas zonas donde el mercado de tierras permite acceder a ellas más fácilmente, porque no hay controles públicos en su uso y reglamentación y además, porque son más económicas, en comparación con otras, “debido a las condiciones de alto riesgo de los terrenos (antiguas canteras al borde de deslizamientos, bordes de humedales, terrenos erosionados, etc.), a su condición de ilegalidad y, en consecuencia, a la carencia de un equipamiento urbano mínimo.” (Bello 2004, 2)

Las familias desplazadas pasan así de zonas rurales a hacinamientos urbanos, de relaciones de vecinos conocidos por años a relaciones con habitantes extraños y anónimos. Provenientes de comunidades por lo general caracterizadas por relaciones tradicionales, se enfrentan a los determinantes de una ciudad moderna en donde el mapa de lo sacralizado se ha modificado.

Su vida debe transcurrirse ahora en los barrios populares, mucho más heterogéneos y complejos que la vereda o el pueblo, lugares que reúnen en un pequeño terreno a una gran variedad de personas de distintas regiones, climas y costumbres cuyo denominador común es la pobreza. (Bello 2004, 3)

Pero muy a pesar de este choque al que se enfrentan las personas que se desplazan, así como lo narra Adolfo Pacheco en el vallenato anteriormente citado, también existen redes muy fuertes que se entretajan en estos espacios de marginalidad en torno a la producción, distribución y consumo de productos. Es en ese nuevo intersticio entre el pasado y el futuro, entre lo rural y lo urbano, donde los migrantes construyen nuevas identidades que les permite tener presente quiénes fueron, quiénes son y cómo se va reconstruyendo un nuevo sujeto para el futuro (Bello 2004, 4-5).

¿Cómo se configura la relación rural-urbana al desplazarse?

Soy viajero de ausencias. / Cargo a
cuestas mi morral. / Llenito de miedo y
de soledad. / Pero si sigo vivo por algo
ha de ser. / Pa'lante, pa'lante, / errante
diamante. (Aterciopelados 2008)

Desde la antropología urbana se ha dado un fuerte debate respecto a la dualidad entre lo rural y lo urbano, en la que se han tenido varias posturas: unas muy esencialistas que han mostrado, por un lado, la idea de una línea evolutiva de desarrollo en este tránsito -como paso a un estadio mayor y sin retorno- y por otro lado, la idea del traslado de una vida propiamente rural a la urbanidad sin ser permeada sino que mantiene sus características anteriores al desplazamiento. También se ha llegado a posturas más holísticas en las que se comprende esta relación en mención en doble vía y por tanto, permeada por el pasado y el presente en función de ambos espacios (el campo y la ciudad). Sin embargo, no se puede desconocer el choque cultural, económico y social que tienen que enfrentar estas personas al cambiar su

lugar de residencia por motivos de fuerza mayor y ajenos a su voluntad, tal como se ha referido.

Durkheim percibía la complejidad que iban adquiriendo las sociedades modernas y por ello, da una explicación a las antiguas y nuevas formas de relaciones sociales: las sociedades más pequeñas las concebía más homogéneas y encerradas en sí mismas, con relaciones cara a cara, poco estructuradas y con una baja organización social por trabajo; de allí que afirmara que se basaban en una solidaridad mecánica que, bien podría ser una analogía a la vida rural. Las sociedades modernas, por su parte, debido a la alta división por trabajo, tiene mayores especializaciones, basadas en una solidaridad orgánica, en la cual cada integrante depende de los demás para la satisfacción de sus necesidades y podría ser análoga a la ciudad (Durkheim 1967, 64-65).

La Antropología Urbana desde la Escuela de Chicago, después de la Segunda Guerra Mundial, en los años 70's –que como se dijo antes, fue época de reformas agrarias en el sur del continente-, generó debates sobre el crecimiento de las ciudades y las migraciones del campo a la ciudad que se situaban en un punto álgido. El pensamiento chicaguiano se volteaba a las ciudades latinoamericanas y las dinámicas de adaptación que vivían las personas en dicha transición (Gorelik 2008, 3-4).

Adrián Gorelik hace una reseña de dos importantes autores en cuanto a la comprensión –en la época mencionada- de las migraciones hacia las ciudades: Robert Redfield y Oscar Lewis. El primero de estos dos, hizo un trabajo reconocido en Latinoamérica, especialmente en México, encontrado en Tepoztlán una sociedad *folk*, es decir, una población que si bien no era hermética, conservaba rasgos socioculturales de ese espacio rural de donde provenían:

Tamaño reducido, status fijo, centralidad de la familia en la reproducción cultural, organización sagrada de la vida, ausencia de criterios de racionalidad instrumental, [...] en

un todo de acuerdo con el núcleo definitorio del polo comunitario-tradicional que el pensamiento social europeo había organizado en oposición al polo societario-moderno. (Gorelik 2008, 3-4)

Luego, Redfield desde un enfoque funcionalista, trabajó con la comunidad de Yucatán, donde el continuo folk-urbano se convirtió en su estandarte investigativo que, se desarrolló en torno a la idea de una línea evolutiva, mostrando así que la sociedad dominante —en este caso la urbana- va influyendo en la transformación de los rasgos de estas comunidades rurales al contacto y dependencia de ella (Gorelik 2008, 5-6).

Oscar Lewis, unos años después, mencionó que el trabajo de Redfield sobre el continuo folk-urbano mostraba un modelo teórico que no era adecuado para la comprensión de los cambios culturales que se derivaban de la migración del campo a la ciudad, y que además, requería de una revisión más exhaustiva. “La identificación de la sociedad folk con el preneolítico me parece a mí que invalida, o al menos, que suscita serias discusiones acerca del trabajo de Redfield”, mencionaba el autor (Lewis 1988, 226-228).

Lewis realizó un estudio con 100 familias de México, ubicadas en la localidad de Tepoztlán, en el que indagaba sobre las causas del éxodo a la ciudad y el porqué había una fuerza atrayente, por decirlo de alguna manera, en ese espacio de llegada. Con este trabajo también muestra ese choque al que se ven enfrentados los sujetos sociales al tener que mudarse de lugar. Gracias a los resultados obtenidos, publicó el libro *Fives Families (Mexican Case Study in the Culture of Poverty)*, en el que aparece por vez primera la polémica categoría de “cultura de la pobreza”. Una conclusión a la que llegó —en contraposición a los planteamientos de Redfield- fue que, aunque la ciudad es un mundo diverso y las relaciones se dan de manera más impersonal, el migrante no es solamente un sujeto que tiene que adaptarse a ese nuevo estilo de vida que le es ajeno, sino que al paso del tiempo va construyendo comunidades pequeñas, que él las definió como vecindad, y que son cohesionadas, lo que ayuda a menguar los efectos de la colisión por la mudanza y recrea un

mundo parecido del que procede (Gorelik 2008, 7-9). Es decir, la vida rural que llevaban, se reproduce ahora en la ciudad.

En cuanto al concepto de “cultura de la pobreza”, vale la pena ampliarlo un poco más debido a que es muy común la reproducción de estas ideas en los ciudadanos de a pie que recaen sobre las personas en situación de desplazamiento a causa del conflicto armado colombiano y por supuesto, luego terminan convirtiéndose en procesos de exclusión y discriminación. En relación a dicho concepto, Francisco Ardile lo dimensiona de la siguiente manera:

“Los pobres no son sólo pobres por su insuficiencia en el poder adquisitivo de bienes, son individuos que aparte de contar con muy pocos recursos económicos, están inmersos dentro de una compleja red de condiciones socioeconómicas, ambientales y culturales definidas por la sociedad a la que pertenecen” (Ardiles 2008, 130).

Lo anterior puede ser motivo para peyorizar los sujetos que se encuentran en pobreza – que consiste más en una moral que un sistema socioeconómico-, debido a que un asunto estructural se les endona como culpa, se les individualiza. Más adelante se retomará este punto al hablar de la marginalidad.

Para la pareja de antropólogos, Anthony y Elizabeth Leeds, más allá de los esencialismos o evolucionismos, lo más importante es la integración, y por ello, consideran que los científicos sociales deberían aunar sus esfuerzos por conocer las diferentes formas en que se interpreta dicha integración. No es para ellos de vital importancia cuánto se relacionan los migrantes con la ciudad o cuánto se mantienen al margen, sino cuánto se relacionan con ella. (Leeds y Leeds 1977, 90-91). Dicha integración, los Leeds la piensan a partir de un trabajo realizado en Favelas de Río de Janeiro, encontrando que no es tan certero el hecho de que las personas lleguen del campo a la ciudad desconociendo del todo sus dinámicas, muchas de ellas tienen experiencia urbana y de alguna forma, algunos, han tenido contacto con la ciudad, ya sea a través del comercio, la tramitología de documentos, acceso a servicios de salud, etc.

(Santillán 2016). Por ejemplo, en el libro que ellos trabajan una sociología del Brasil Urbano, citan una conversación que refleja esa conexión previa con la ciudad¹, debido a la comercialización de los productos que desde el campo se cosechan:

“De onde voce e?” Resposta: “De Santo Antonio de Padua.” P: “Mas, da propria cidade?” R: “Nao, da roga.” P: “ Mas voce estava trabalhando na enxada?” R: “Estava.” P: “ O que voce plantava?” R: “Plantava, arroz, milho, feijao, cafer tinha ovos e fazia farinha de mandioca.” P: “ Voces comiam tudo?” i? “Bem, nao, nos vendiamos na cidade.” P: “ Quantas vezes voces iam la?” R: “Toda semana. Vivemos na cidade por um tempo antes de ir morar na roga”, ou outra R: “Levavamos a coisas para la todo tempo. Eu tambem sei cortar cabelo, entao eu tinha uma barbearia no limite da cidade — ganhamos fregueses que iam e vinham para a cidade.” (Leeds y Leeds 1977, 94) [Las cursivas son mías]

Una posición situada más en un eclecticismo, como la anterior, en la que se intenta superar el funcionalismo, es precisamente la necesaria para poder abordar las nuevas dinámicas tensionantes a las que se enfrentan estas personas en ese transitar del campo a la ciudad, sin polarizar si son ahora unos completos urbanitas que han dejado todo atrás o que son esos “provincianos” que nunca logran integrarse a su nuevo espacio urbano. Es esa tensión de la novedad y de la migración lo que atañe a esta monografía.

Teófilo Altamirano, en una investigación antropológica en el Perú hallaba que, respecto a los procesos de introducción sociocultural y económica de los desplazados, tal como lo que mencionaba Martha Nubia Bello en Colombia, éstos sujetos sociales en situación de desplazamiento forzado, por no tener unas redes suficientemente fuertes al principio, muchas veces ocupan espacios donde no se puede cultivar y/o realizar labores a las que acostumbraban, tienen mayores dificultades a nivel social y económico (Altamiranda 2003,

¹ Vale la pena aclarar que esta relación con la ciudad que previamente mantenían algunos migrantes, no es una generalidad sino una característica encontrada en las investigaciones de Anthony y Elizabeth Leeds que, merece ser tomada cuenta, en tanto se reconoce la diversidad que construyen las urbes y las diferentes formas en que las personas enfrentan estas migraciones.

58). El miedo se apropia muchas veces de estas personas y la carencia de recursos genera incertidumbres al no saber cómo se podría construir un mejor futuro.

Por ejemplo, en el contexto del Perú y la creciente migración a las ciudades por la violencia política, menciona Altamirano que algunas personas desplazadas hacen parte de organizaciones de migrantes en el que muchos de sus integrantes son paisanos, parientes y/o vecinos de estos “provincianos”, pero que su postura es bastante ambigua en cuanto que por una parte, esta cercanía les permitía saber de primera mano que requerían un apoyo económico y emocional, y se lo brindaban; pero por otra parte, les tenían temor al percibirlos como peligrosos, terroristas, violentos, vándalos o cualquier otra cosa similar, y por ello, no querían asumirse como defensores de sus causas. El apoyo que las asociaciones les ofrecían eran actividades culturales donde se recreaban los lugares de procedencia y además, podían estrechar redes sociales a través de las cuales lograba menguar la sensación de soledad y aminorar la marginación (Altamiranda 2003, 59-60).

El libro “La ciudad del migrante: la representación de Quito en relatos de migrantes indígenas” de Lucía Herrera, muestra muy bien lo que significa que los migrantes lleguen a una ciudad que le es ajena en varios sentidos: porque le es extraña a sí mismos y porque le pertenece a unos “otros”. El migrante –que para el caso de este trabajo, fue solo indígena- en ese nuevo espacio es percibido como un “otro” no querido, que viene a entrometerse en asuntos que no le competen, y que además, es probable que se mire como fuente de contaminación, peligro e inseguridad. Y sí, esos espacios que habitan –en su mayoría de veces como un aterrizaje forzoso- suelen ser inseguros, especialmente los perciben así cuando acaban de llegar y la ciudad con sus dinámicas le son desconocidas y les atemoriza. Sin embargo, no es solo un conjunto de miedos lo que les abarca, sino que por pura supervivencia, los migrantes, impávidos, resisten y de esa resistencia se va construyendo un nuevo espacio, una nueva ciudad, su ciudad. (Herrera 2002, 39-44)

Al estilo bourdiano, Lucía Herrera concibe la ciudad como un espacio en disputa y por ello, está contenida de diversidad y no se encuentra cerrada, allí estas personas que se han desplazado luchan constantemente por establecerse. Con el tiempo, estos sujetos van dejando de ser los foráneos para ubicarse en una frontera que no es tan clara: ya no están fuera pero tampoco se ubican adentro completamente. Es desde ese espacio donde los migrantes se enfrentan a la ciudad, la resisten, y al mismo tiempo, la van decodificando. Si bien en un principio tanta información desconocida, la heterogeneidad y todas esas prácticas socioculturales que no habían experimentado antes, generaba incertidumbres y temores, luego se pueden convertir en una puerta abierta para el aprendizaje de: formas de hablar, vestir, cocinar, bailar, etc.; de tal manera que puedan pasar a ser un “nosotros” con derecho al encubrimiento y el anonimato, como lo mencionaba Goffman. (Herrera 2002, 45-46)²

Engrosando las filas de la marginalidad y sobreviviendo

La marginalidad ha sido pensada por varios autores como una etapa de transición en el desarrollo económico, otros la han considerado funcional para el sostenimiento de un sistema capitalista en cuanto se relaciona con lo que Marx llamó “ejército de reserva laboral”. Por otro lado, han considerado a los sujetos sociales que se encuentran inmersos en ella, como aquellos que se desenvuelven en la economía urbana por medio de la prestación de servicios a quienes se encuentran en estratos medios, con remuneraciones muy bajas y disposición casi de tiempo completo. Incluso, se ha definido como una población residual de los sistemas capitalistas y sus economías. Pero Larizza Lomnitz hace una claridad muy importante al respecto y es que el principio movilizador de la marginalización se encuentra en el desarrollo industrial³. ¿Por qué? Debido a que si existe un alto nivel tecnológico, mayor especialización para el trabajo y para el andamiaje político y social, entonces habrá mayor centralización del

² Este panorama es bastante alentador y posible sin duda alguna, sin embargo, no siempre ocurre en el caso de las personas en situación de desplazamiento a causa del conflicto armado, puesto que la violencia permanece incluso en los nuevos lugares de llegada, son revictimizadas con persecuciones, estigmatizaciones e incluso, otros hechos victimizantes. Algunas tienen que volver a cambiarse de ciudad y así, se convierten en una especie de nómadas que pasan de un lugar a otro huyendo de la violencia. De esta manera el ciclo es repetitivo y pareciera que nunca va a acabar.

³ Claramente no es el tránsito del campo a la ciudad lo que hace que una persona se encuentre en un contexto de marginalidad.

poder y más personas por fuera del proceso del manejo sociopolítico y económico. Y en Latinoamérica, considera Lomnitz, esta situación se agudiza puesto que los marginados no solamente no pueden controlar su destino en términos socioeconómicos, sino que, no bastando, encarnan una pobreza más crónica que la que se vive en países altamente industrializados (Lomnitz 1975, 19-21).

El panorama de las personas en situación de desplazamiento por el conflicto armado colombiano, no dista mucho de lo que dice Larizza Lomnitz, sobre cómo los marginados ahora se ven sometidos a emplearse en trabajos con salarios irrisorios: “en la construcción, en limpieza, vigilancia, reparación y mantención, servicio doméstico y ocupaciones desvalorizadas, reliquias de la economía tradicional”. Además, tal como se dijo anteriormente, al llegar a la ciudad, los migrantes de manera ineludible se asientan en los lugares más económicos: casa viejas y tugurios, por ejemplo, para luego ir pasando a la periferia y sus grietas de vida urbana. Es así como se van tejiendo nuevas redes y colonias solidarias que ayudan a amortiguar el choque que implica este cambio espacial. (Lomnitz 1975, 20).

Dirá Martha Nubia Bello, refiriéndose a la problemática colombiana, que estas nuevas condiciones laborales sobreexplotan y conllevan a la inestabilidad. Para muchas personas que viajan desde el campo, sus relaciones productivas, por ejemplo, anteriormente estaban mediadas por el compadrazgo, la familiaridad y la confianza, el trabajar sin contrato no representaba el problema que ahora se constituye en las ciudades, puesto que la palabra tenía poder de cumplimiento. Precisamente y gracias a la industrialización y las especializaciones que exige para la vida laboral, las familias ahora se ven obligadas estratégicamente a realizar distintas labores en diversos lugares, lo que significa una reconstrucción del proyecto de vida familiar, ya no colectivo en torno a la producción y reproducción (Bello 2004, 3-4).

Inmersos en un contexto marginal de la ciudad que presupone en muchas de las ocasiones hostilidad de los terrenos, agresividad del urbanizador clandestino o del vecino, el difícil

acceso a los servicios básicos, a un trabajo digno y estable y, en últimas, dificultades para la sobrevivencia, exigen cambios drásticos que, unidos a las situaciones de miedo, tensión, dolor y pérdida que obligaron el desplazamiento, al presionar de manera contundente a la familia reviven culpas y agudizan conflictos (Bello 2004, 4).

Estos espacios que habitan los migrantes, sin acceso a servicios básicos en muchos de los casos y “afeados” por las ruinas, no son más que una estructura socioeconómica que no ofrece muchas oportunidades, lo que se materializa en dichos barrios. De esa forma, Wacquant, ha relacionado la poca ayuda institucional y el deteriorado aspecto físico –como un asunto estructural-, con una constante sensación de inferioridad de los habitantes de los márgenes porque lo que se le es comunicado es que son habitantes de segunda clase y que no son dignos de recibir atención por parte de la oficialidad (Wacquant 2011, 11).

Es en este punto del debate es donde Lomnitz encuentra inapropiado el concepto de “cultura de la pobreza” de Oscar Lewis, puesto que el factor que determina la marginalidad está relacionado más con la imposibilidad de incorporarse en el sistema de producción industrial –una estructura que está por encima de la individualidad- que con los rasgos de una u otra cultura. Es decir, no es un comportamiento o el conjunto de estos –como sistema de normas y valores- lo que condiciona la reproducción de la pobreza. Para ella, al haberse Lewis desentendido de la estructura socioeconómica, hace recaer una especie de culpa de sus propias desgracias a los sujetos en marginalidad (Lomnitz 1975, 24-25).

Ahora bien, lo que esta autora observa es que, tal como se mencionaba anteriormente, en la marginalidad se establecen unas redes de intercambio entre los familiares y el vecindario, las cuales vienen a sustituir “la falta de seguridad social” a través de la ayuda que entre todos pueden manifestarse con reciprocidad. Ese es el mecanismo de sobrevivencia de los marginados.

Los migrantes rurales sobreviven, se multiplican y sus colonias proliferan en torno a las grandes metrópolis de América Latina, lo cual significa que los marginados han encontrado un nuevo nicho ecológico en simbiosis con el medio urbano. Viven en los resquicios del sistema y subsisten de sus sobras. Para sobreponerse a la inseguridad inherente a este nicho, los marginados generan una organización social evolutiva característica (las redes de intercambio) (Lomnitz 1975, 26-29).

Reflexión sobre posibles retos de la Antropología Urbana en contextos de desplazamiento forzado

“El mundo social proporciona lo que resulta más escaso: reconocimiento, consideración; en otras palabras, algo bastante simple, razones para ser.” (Bourdieu 1999)

Haciendo una paráfrasis de Javier Auyero, sociólogo reconocido por realizar etnografías políticas sobre acciones colectivas; éste advierte sobre los dos posibles riesgos que se tienen a la hora de escribir sobre grupos subalternos –bien podría considerarse a la hora de reflexionar sobre los marginados-: por una parte, ser miserabilista y por otra parte, el ser populista (Auyero 2004, 257). Sin embargo, en la construcción de una antropología urbana, bien lo menciona Bourgois, no se deben omitir o subestimar los detalles de la marginalidad y las realidades sociales que se encuentran inmersas en ella, como si no existieran; solo por no reproducir un concepto poco favorable de estas personas que luego se intuya como injusta o “políticamente incómoda”, puesto que eso la harían circundar en espacios de opresión. (Bourgois 2010, 42). Se puede considerar éste, como uno de los retos: no ridiculizar la pobreza pero tampoco hacerla heroica, al tiempo que no se puede dejar de mostrarla tal cual como es, cruda y real, sin viciar la realidad por los lentes del etnólogo o sus financiadores, asuntos propios de la historia de la disciplina.

Vale la pena cuestionarse para qué se investiga y para qué conocer realidades como estas de desplazamiento forzado en el marco del conflicto armado. Conocer las razones por las que se dan este tipo de migración, las formas en que se manifiesta, las consecuencias en relación a la marginalidad –tema ya trabajado dentro de la disciplina- y todos sus pormenores en

relación a la constitución de un nuevo hábitat que le atañe a la antropología urbana: la ciudad, permitirá una herramienta intelectual importante que es la comprensión.

Ahora bien, esta comprensión podría ser el reto de una plataforma de nuevos estudios etnográficos en pos de la formulación e implementación de acciones concretas, pero también en la deconstrucción de percepciones e imaginarios sociales que estigmatizan a los migrantes que pasan del campo a la ciudad y a esos nuevos espacios que construyen, puesto que

“[...] la experiencia cotidiana de la dilapidación material, la exclusión etnoracial y la marginalidad socioeconómica se traduce a la corrosión del yo, la aspereza de los lazos interpersonales y el torcimiento de las políticas públicas hacia la mediación de cogniciones causticas fijadas a un lugar difamado.” (Wacquant 2011, 8).

Para finalizar, se puede pensar en que las reflexiones en torno al tema tratado consisten en un logro para la antropología urbana si y solo si, ésta logra ser un foco de resistencia, y en palabras de Bourgois, los científicos sociales logran “enfrentarse al poder” (Bourgois 2010, 48).

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Altamiranda, Teófilo. «Del campo a la ciudad. Migración interna.» *ReVista. Harvard Review of Latin American*, 2003: 58-61.
- Ardiles, Francisco. «Apuntes sobre la pobreza y la cultura.» *Observatorio Laboral Revista Venezolana*, 2008: 127-137.
- Aterciopelados. *Errante Diamante*. Direc. Hector Buitrago. Comp. Andrea Echeverri. 2008.
- Auyero, Javier. *Vidas Beligerantes*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2004.
- Bello, Martha. «Identidad y desplazamiento forzado.» *Aportes Andinos N°8*, 2004: 1-11.
- Bourdieu, Pierre. *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Bourgois, Philippe. *En búsqueda de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. New York: Siglo XXI, 2010.
- Durkheim, Emilio. *De la división del trabajo social*. Buenos Aires: Schapire, 1967.
- Gorelik, Adrián. «La aldea en la ciudad.» *Museo de Antropología*, 2008: 73-96.
- Grupo de Memoria Histórica. *¡basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional, 2013.
- Herrera, Lucía. *La ciudad del migrante: la representación de Quito en relatos de migrantes indígenas*. Quito: Abya Yala, 2002.
- Leeds, Anthony, y Elizabeth Leeds. *A sociologia do Brasil urbano*. Rio de Janeiro: Zahar, 1977.
- Lewis, Oscar. «Nuevas Observaciones sobre el 'continuum' rural urbano y urbanización con especial referencia en México.» En *Antología de Sociología Urbana*, de Mario Bassol, 226-239. México: UNAM, 1988.
- Lomnitz, Larizza. *Como sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI Editores, 1975.
- Martínez, Laura. «Tiempo de Mariposas y Ruiseñores.» *Palabra*, 2015: 94-117.
- Martínez, Laura «Trabajo de Grado.» *Tiempo de Mariposas y Ruiseñores*. Cartagena, 19 de Julio de 2014.

- Red Nacional de Información. *Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas*. 20 de Febrero de 2016. <http://rni.unidadvictimas.gov.co/?q=node/107> (último acceso: 5 de Marzo de 2016).
- Santillán Alfredo. 2016. "La ruralidad y las ciudades latinoamericanas. Repensar el debate sobre el continuum folk-urbano. Curso de Historia y Antropología Urbana, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Quito
- Wacquant, Loïc. «Desolación urbana y denigración simbólica en el hipergueto.» *Astrolabio*, 2011: 1-15.
- Zuleta, Los Hermanos. *El viejo Miguel*. Direc. Tomás Alonso Zuleta Díaz. Comp. Adolfo Pacheco. 1980.